

10 de abril de 2020
Ciclo A

Viernes Santo

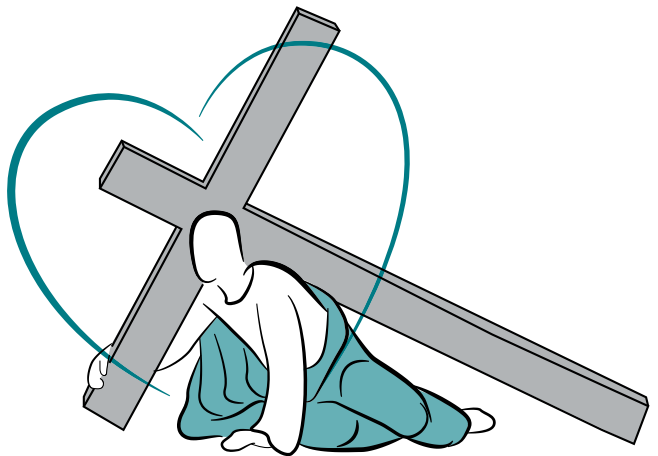
Francisco Javier García Gutiérrez

Gracias

Todo se ha cumplido
(PALABRA DE DIOS).

Contemplar a Jesús
(HOMILÍA).

Los relatos evangélicos
(EVANGELIO EN CASA).



AMBIENTACIÓN INICIAL

Celebremos la pasión y muerte del Señor. Jesús nos entrega su vida. Ha venido dando lo que era y tenía; y ahora nos da lo único que le queda: su propia vida. Ha sido fiel a la voluntad de Dios, un Padre que no quiere que ninguno de sus hijos se pierda, sino que tengan vida en abundancia. Ahora, en un gesto definitivo de amor y de fidelidad nos entrega la vida. La cruz, patíbulo de humillación y de muerte es, desde ahora, lugar de gracia y de vida. muriendo en ella, Jesús destruyó la muerte y nos abrió el camino de la vida.

ORACIÓN

Recuerda, Señor, tus misericordias, y santifica a tus siervos con tu eterna protección, pues Jesucristo, tu Hijo, por medio de su sangre, instituyó en su favor el Misterio Pascual. Él, que vive y reina contigo. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

AMBIENTACIÓN DE LA PALABRA

Dios construye la vida donde, aparentemente, solo hay condena y muerte. Jesús es el siervo injustamente condenado que cargó sobre sí nuestros crímenes y cuyas heridas nos sanaron. Es la paradoja del misterio salvador de Dios. Desde entonces, al contemplar su infinita humanidad y su solidaridad con el ser humano sabemos, por la fe, que Él es el camino que nos conduce hasta Dios Padre. «Todo se ha cumplido» dirá Jesús antes de morir. Toda su vida ha sido una entrega obediente a la voluntad salvadora del Padre. Es así como ha hecho posible que la salvación de Dios alcance a toda la humanidad.



LECTURAS

Lectura del libro de ISAÍAS 52,13–53,12

Mirad, mi siervo tendrá éxito,
 subirá y crecerá mucho.
 Como muchos se espantaron de él
 porque desfigurado no parecía hombre,
 ni tenía aspecto humano,
 así asombrará a muchos pueblos,
 ante él los reyes cerrarán la boca,
 al ver algo inenarrable
 y comprender algo inaudito.
 ¿Quién creyó nuestro anuncio?;
 ¿a quién se reveló el brazo del Señor?
 Creció en su presencia como brote,
 como raíz en tierra árida,
 sin figura, sin belleza.
 Lo vimos sin aspecto atrayente,
 despreciado y evitado de los hombres,
 como un hombre de dolores,
 acostumbrado a sufrimientos,
 ante el cual se ocultaban los rostros,
 despreciado y desestimado.
 Él soportó nuestros sufrimientos
 y aguantó nuestros dolores;
 nosotros lo estimamos leproso,
 herido de Dios y humillado;
 pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
 triturado por nuestros crímenes.
 Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
 sus cicatrices nos curaron.
 Todos errábamos como ovejas,
 cada uno siguiendo su camino;

y el Señor cargó sobre él
todos nuestros crímenes.
Maltratado, voluntariamente se humillaba
y no abría la boca:
como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.
Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quién se preocupará de su stirpe?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron.
Le dieron sepultura con los malvados
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.
El Señor quiso tritularlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación:
verá su descendencia, prolongará sus años,
lo que el Señor quiere prosperará por su mano.
Por los trabajos de su alma verá la luz,
el justo se saciará de conocimiento.
Mi siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de ellos.
Le daré una multitud como parte,
y tendrá como despojo una muchedumbre.
Porque expuso su vida a la muerte
y fue contado entre los pecadores,
él tomó el pecado de muchos
e intercedió por los pecadores.

Palabra de Dios

NOTAS: El cuarto cántico del Siervo de Yahvé es uno de los textos más impactantes y conmovedores de la Biblia hebrea; de ahí que haya sido objeto de muchas interpretaciones desde antiguo y siga suscitando preguntas. La figura enigmática del Siervo suscita reacciones totalmente opuestas a su alrededor. Algunos lo rechazan hasta límites insospechados, tanto moral (desprecio, marginación) como físicamente (golpes, heridas). Otros, sin embargo, son capaces de trascender la primera impresión y llegar a descubrir a quien está detrás de una apariencia nada atractiva («se admirarán muchas naciones»). El mismo

Dios aparece como alguien desconcertante en el texto: enaltecerá y ensalzará al Siervo y le hará ver la luz; sin embargo, Él es también responsable del mal padecido por él («el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes»; «quiso tritularlo con el sufrimiento»). Todo este sufrimiento va a redundar en justicia, perdón y sanación para todos. Una interpretación errónea es sacar la conclusión de que Dios quiere que padezcamos. Sin embargo, ¿no ocurre en ocasiones que el sufrimiento de alguien nos hace caer en la cuenta de nuestra injusticia y pecado? ¿No tiene en ocasiones sentido el sufrimiento?

Salmo responsorial 30,2.6.12-13.15-17.25

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.

Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cacharro inútil.

Pero yo confío en ti, Señor;
te digo: «Tú eres mi Dios».
En tu mano están mis azares:
líbrame de los enemigos que me persiguen.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
Sed fuertes y valientes de corazón,
los que esperáis en el Señor.

Lectura de la carta a los HEBREOS 4,14-16; 5,7-9

Hermanos:

Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Palabra de Dios

NOTAS: Este fragmento de la carta a los Hebreos evoca la lucha que, según los evangelios sinópticos, Jesús mantuvo consigo mismo en Getsemaní la noche en que fue prendido. Aunque la coincidencia no es exacta en lo que se refiere a términos concretos, hay varios elementos comunes entre la carta y la tradición evangélica: Jesús que, como Hijo, se dirige en oración y súplica a Dios como Padre (*Abbá*, nos dirá el evangelio de Marcos), experimenta una fuerte conmoción emocional (gritos y lágrimas según la carta, pavor, angustia y tristeza según Marcos), y, finalmente, es-

tá dispuesto a hacer la voluntad de Dios («aprendió sufriendo a obedecer», según la carta, «que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú», según el evangelio). La carta a los Hebreos interpreta estos hechos para la comunidad a la que está destinada, esto es, el autor descubre que lo vivido por Jesús tiene consecuencias para la vida de los creyentes de su tiempo. Jesús se propone como modelo a seguir, no solo porque finalmente logró confiar en su Padre y abrirse a su voluntad, sino porque también experimentó la duda, el miedo y el abandono.

Lectura del santo evangelio según san JUAN 18,1–19,42

En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas, entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

✠ –¿A quién buscáis?

C. Le contestaron:

S. –A Jesús, el Nazareno.

C. Les dijo Jesús:

✠ –Yo soy.

C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

✠ –¿A quién buscáis?

C. Ellos dijeron:

S. –A Jesús, el Nazareno.

C. Jesús contestó:

✠ –Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos.

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste».

Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

✠ –Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?

C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo».

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro:

S. –¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?

C. Él dijo:

S. –No lo soy.

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó:

✠ –Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho.

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. –¿Así contestas al sumo sacerdote?

C. Jesús respondió:

✠ –Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron:

S. –¿No eres tú también de sus discípulos?

C. Él lo negó, diciendo:

S. –No lo soy.

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. –¿No te he visto yo en el huerto con él?

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. –¿Qué acusación presentáis contra este hombre?

C. Le contestaron:

S. –Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos.

C. Pilato les dijo:

S. –Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley.

C. Los judíos le dijeron:

S. –No estamos autorizados para dar muerte a nadie.

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. –¿Eres tú el rey de los judíos?

C. Jesús le contestó:

✘ –¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?

C. Pilato replicó:

S. –¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?

C. Jesús le contestó:

✘ –Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

C. Pilato le dijo:

S. –Entonces, ¿tú eres rey?

C. Jesús le contestó:

✘ –Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.

C. Pilato le dijo:

S. –Y ¿qué es la verdad?

C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo:

S. –Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

C. Volvieron a gritar:

S. –A ese no, a Barrabás.

C. El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. –¡Salve, rey de los judíos!

C. Y le daban bofetadas.

Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. –Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa.

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. –He aquí al hombre.

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. –¡Crucifícalo, crucifícalo!

C. Pilato les dijo:

S. –Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él.

C. Los judíos le contestaron:

S. –Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.

C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús:

S. –¿De dónde eres tú?

C. Pero Jesús no le dio respuesta.

Y Pilato le dijo:

S. –¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?

C. Jesús le contestó:

✘ –No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor.

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. –Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César.

C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo «Gábbata»). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía.

Y dijo Pilato a los judíos:

S. –He aquí a vuestro rey.

C. Ellos gritaron:

S. –¡Fuera, fuera; crucifícalo!

C. Pilato les dijo:

S. –¿A vuestro rey voy a crucificar?

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. –No tenemos más rey que al César.

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice «Gólgota»), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «JESÚS, EL NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS».

Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. –No escribas «El rey de los judíos», sino: «Este ha dicho: soy el rey de los judíos».

C. Pilato les contestó:

S. –Lo escrito, escrito está.

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. –No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca.

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre:

✠ –Mujer, ahí tienes a tu hijo.

C. Luego, dijo al discípulo:

✠ –Ahí tienes a tu madre.

C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

✠ –Tengo sed.

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

✠ –Está cumplido.

C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también voso-

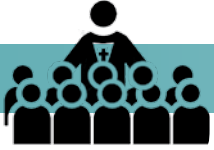
tros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

NOTAS: La característica más importante del relato de la Pasión del cuarto evangelio es la unión que presenta entre historia y teología. Historia porque consigna entre sus páginas datos muy antiguos que, además, pueden ser veraces. Y teología porque Juan presenta una visión muy interpretada de los últimos días de Jesús y del momento de su muerte. El cuarto evangelio no obvia el rechazo y conflicto que Jesús afrontó durante su ministerio público; tampoco omite del todo (aunque sí minimiza muy considerablemente) la lucha interna que mantuvo consigo mismo para mantenerse fiel hasta el final. Sin embargo, el

mensaje principal de su relato es este: Jesús, como enviado del Padre, fue fiel en todo momento a su voluntad. Jesús es el rostro viviente y encarnado de Dios. Nada ni nadie pueden arrebatarle su identidad y dignidad. Ni los judíos, ni los sumos sacerdotes Anás y Caifás, ni tan siquiera Poncio Pilato, máxima autoridad romana en Palestina. Todos colaboran paradójicamente para que, en la cruz, todo, finalmente, llegue a cumplimiento (19,30). Será en este momento, en la cruz, cuando Jesús entregue su espíritu: lo entrega al Padre, a quien regresa; y lo entrega también a la comunidad creyente, que recibirá el Paráclito.

Estela Aldave Medrano



HOMILÍA

Más que una homilía es solo una invitación a quedarnos quietos, contemplativos, en algunas de las palabras de Jesús. Los discípulos viven de las palabras de sus maestros. Vivamos nosotros de las palabras del Maestro en su hora decisiva.

«¿A quién buscáis?»

A quienes iban en su busca Jesús les pregunta: «¿A quién buscáis». Acojamos, también nosotros, la pregunta. ¿A quién busco en la vida? Jesús desea que vivamos en la verdad. «La verdad os hará libres» decía. Así pues, puedo preguntarme: ¿qué busco en este momento de mi vida? ¿Eso que busco tiene relación con Jesús, tiene relación con el Reino de Dios? ¿Busco cosas o busco personas? ¿Busco a Jesús? ¿Busco a Dios? Dios no se nos impone. Nos quiere libres. Sus preguntas solo pretenden que busquemos lo mejor, al mejor, y vivamos en la verdad.

«Yo soy»

Qué rotunda suena esta afirmación en los labios de Jesús. «Yo soy». Es el eco de aquella palabra con la que Dios le reveló a Moisés su identidad de Dios: «yo soy el que soy. Y dirás a los israelitas: yo soy me ha enviado a vosotros» (Ex 3,14). Dios es «yo soy». En lo más profundo de Jesús late, al ritmo de su corazón, la conciencia de ser el Hijo amado. Y no lo oculta. No tiene miedo de las consecuencias. La valentía de Jesús resalta aún más cuando contemplamos la cobardía de Pedro: «no

lo soy», «no lo conozco». En cierta ocasión Jesús les había preguntado a sus discípulos «¿Y vosotros, quién decís que soy yo?» (Mt 16,13-20). En esta hora definitiva acojamos nosotros también la pregunta: ¿quién es Jesús para mí?

«Soy rey»

¡Qué paradoja! Un rey que tendrá por trono una cruz. Una cruz que será la prueba definitiva de la fidelidad de Dios con todos los crucificados de la historia. Contemplemos junto Jesús a tantas personas que viven y sufren, escondidas de las miradas del mundo, en tantos lugares del dolor. Enfermos graves en hospitales; enfermos mentales en psiquiátricos; personas solas en calles y albergues; personas mayores en residencias o solos en sus casas; pobres de países pobres, obligados a malvivir y emigrar en condiciones indignas e inhumanas. Contemplemos a Jesús, el rey de todas las personas «descartadas».

«Está cumplido»

Jesús ha hecho lo que tenía que hacer. Ha cumplido su misión. Hagamos silencio y que el relato de la Pasión, como la lluvia de primavera, nos cale por dentro; que la contemplación de su vida entregada fecunde nuestra vida; acallemos el ruido y hagamos silencio en nuestro interior. Que sean sus palabras las que resuenen en lo más profundo de nosotros. Que sea su vida, su mejor palabra, la que nos hable y nos salve.

ORACIÓN UNIVERSAL

INTRODUCCIÓN A LA ORACIÓN UNIVERSAL

Hoy la oración de petición tiene una densidad especial. Nos unimos a la oración de Jesús y al sentido que dio a su vida: hacer realidad la voluntad de Dios, orar y trabajar para que todos sus hijos tengan vida en abundancia, para que su Reino se haga realidad. En el corazón de Dios existimos todos sus hijos, hombres y mujeres de todo tiempo, de toda condición, de toda raza, color, religión. Nos conoce por el nombre y en Jesús nos ha amado y nos ha salvado. Nadie ha quedado excluido. Traigamos a la oración la vida de todos nuestros hermanos, especialmente la de todos aquellos que sufren y en ellos se repite la Pasión del Señor.

ADORACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Ambientación. La cruz ha de ser para nosotros, los cristianos, símbolo de la sabiduría de Dios, manifestación de su amor, manantial de la salvación universal. Con palabras de san Pablo volvemos a recordarnos que «nosotros proclamamos un Cristo crucificado. Los judíos dicen: «¡qué vergüenza!», los griegos dicen: «¡qué locura!»... pero la «locura» de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la «debilidad» de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres» (1 Cor 1,22-25).

Acerquémonos a la cruz y acojamos esta debilidad y esta sabiduría de Dios. Hagamos de la cruz nuestra fortaleza y nuestra sabiduría para vivir y comunicar hoy, en medio de nuestro mundo, el Evangelio de la alegría y del amor.

COMUNIÓN

INTRODUCCIÓN

Jesús es, para siempre, pan y vino. Sembrado en la tierra de los hombres, sus hermanos, ha crecido entre ellos, lleno de gracia y de verdad y, llegada la hora, la hora de la siega y de la vendimia, se ha entregado para la vida del mundo. Su vida, triturada y molida como los granos de trigo, pisoteada como las uvas de la vid, es pan y bebida de salvación, que quitan el hambre y calman la sed. Comamos y bebamos de él. Comulguemos con él y, como enviados suyos, seamos en medio de la vida, pan y vino para nuestros hermanos.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso y eterno, que nos has renovado con la gloriosa muerte y resurrección de tu Ungido, continúa realizando en nosotros, por la participación en este misterio, la obra de tu misericordia, para que vivamos siempre entregados a ti. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

DESPEDIDA

Queridos hermanos y hermanas, que Dios, nuestro Padre, os bendiga hoy y todos los días de vuestra vida; que os conceda la gracia de conocer y vivir lo que hoy acabamos de celebrar. Que os conceda ser testigos de la sabiduría de la cruz, constructores de toda reconciliación, creadores de esperanza, testigos de la Resurrección del Señor.



EL EVANGELIO EN CASA

Ambientación

Los relatos evangélicos pretenden despertar la fe y el amor en quienes se acercan a ellos. Son como hogueras en la noche, encendidas para iluminar en la oscuridad y dar calor en el frío de la noche. Quien escribe esos relatos pretende contagiar a sus contemporáneos de una experiencia de luz y de calor que él mismo lleva dentro. Esa experiencia tiene su origen y su actualidad en un hombre. Jesús de Nazaret.

Nos preguntamos

¿Cuando leo o escucho los relatos evangélicos, lo hago con la frialdad de quien se acerca a un relato histórico, sin más; o me acerco como quien lo hace a una experiencia viva, actual?

Proclamamos la Palabra: Jn 18,1–19,42.

Nos dejamos iluminar

Los relatos evangélicos no solo nos dan noticia de lo que sucedió históricamente. Tampoco se quedan atrancados en la experiencia de quien los escribe. Son más. Los relatos evangélicos tienen el don de la actualidad, de llamar nuestra atención, de invitarnos a la conversión, de llamarnos a la fe. En ellos late el acontecimiento Jesús de Nazaret.

Seguimos a Jesucristo hoy

¿Cómo podemos prestar más y mejor atención al Evangelio narrado en los cuatro evangelios? ¿Qué podemos hacer, en este grupo, en la comunidad cristiana, para que la experiencia de fe narrada en los evangelios la podamos acoger como una novedad y sea para nosotros luz y calor?



PLEGARIA

Creo en el Jesús humano humilde niño de Nazaret,
que entre olor a madera y dulzura filial
supo descubrir el amor del Padre a la humanidad.

Amor que despertó su vida, en el amanecer del Reino que llegaba,
al descubrir en cada hombre y mujer
la grandeza del Dios encarnado.

Es mi Cristo de pies morados de tanto pasar frío;
pero que a la vez están rojos de la pasión andada
por el hombre y sus caminos.

Es Jesús de silencios; de sintonía con el Padre.
Rostro que hoy se repite, en todas las gentes del mundo;
pues mi Cristo, es universal.

Rostro que hoy siento y veo desfigurado como aquel día en la cruz.
Es mi Cristo en el llanto del niño abandonado.
En los ojos clavados, del emigrante en el mar.
En la voz femenina que aclama como María,
su Magnificat de Justicia e Igualdad.
O los surcos abiertos del obrero, esperando su jornal.

Este es mi Jesús.
Eso y más es su identidad;
porque en cinco letras cabe todo un hombre y mucho más.
Dios silente y escondido, como plegaria suave al mar;
que te invita a entregarte a su ritmo; que te atrapa en libertad.
Que solo espera, a que tomes tu cruz, para hacerte resucitar.

Max Echevarría Burgos, SJ